



Érase una vez un seguidor de San Francisco de Asís que le pedía: “Francisco, enséñame a predicar”. Y San Francisco le llevaba a visitar a los enfermos, a ayudar a los niños, y a dar comida a los pobres. Juntos recorrían las calles de Asís haciendo el bien a todos. El discípulo le preguntaba, ¿pero cuándo me vas a enseñar a predicar? Francisco le contestaba: “hermano, ya estamos predicando”. Predicando con el ejemplo, con la vida. Nuestra manera de vivir es nuestra predicación. No hace falta tener un micrófono o subir al púlpito para predicar. Todos somos predicadores. Nuestra presencia en la iglesia predica nuestra fe, nuestro amor a Jesús y nuestro deseo de vivir como él vivió. Cuando usted viene a reunirse con los hermanos en la iglesia, está predicando. Cuando usted se queda en la cama el domingo, está predicando. Cuando dice: qué frío hace hoy. Me quedo en casa. Está predicando.

Cada vez que voy al dentista me hace siempre la misma pregunta: “¿Con anestesia o sin anestesia?” A veces, le contesto: hoy, sin anestesia. La predicación en la iglesia debiera ser siempre sin anestesia. Sin anestesia se siente más la aguja y el torno, pero no estás ocho horas con las mandíbulas dormidas. Es más hermoso y práctico un sermón que vemos que un sermón que oímos. Es más eficaz un sermón que camina que un sermón que se grita. ¿Por qué? Porque el ojo es mejor alumno que el oído y el ejemplo es más claro que el consejo. Ambos son necesarios: el sermón que camina y el sermón que se grita, el sermón que nos entra por los ojos y el que nos entra por los oídos.

(www.juanjauregui.es)